

FRÉDÉRIC MISTRAL, EL MAESTRO

POR

JACQUES TRÉMELET

Al escribir estas palabras, faltamos a la costumbre que hemos tomado de explorar las riquezas de los grandes testigos —Delacroix, Baudelaire y tantos otros que seguirán— sin llegar a dar a estos testigos el nombre de maestro.

¿Por qué esta excepción en favor de Frédéric Mistral?

Sencillamente, porque Mistral es un maestro para nuestro tiempo. Frente a la riada del materialismo, economicismo, del centralismo burocrático, de la tecnocracia, de la ideología del electoralismo y de todos los «ismos» —regionalismo inclusive—, Mistral encarna la poesía, el servicio a la belleza y a la patria, el amor a la tierra y el amor del amor, el canto de la religión y del temor de Dios.

Frente a las abstracciones totalitarias y a los sistemas devastadores, él es el hombre, el poeta, el cantor de la tierra y el ciudadano en toda su plenitud.

No solamente su obra está enteramente consagrada a la Provenza, sino también su vida se ha entregado, entre Maillane y Aviñón, a la realización de este renacimiento, sin flaquezas. Y con una resistencia invencible a todas las tentaciones: cuando se le concede el Premio Nobel de Literatura, es el premio que viene hasta él y no él quien va a buscarlo. Cuando se entrevista con el Presidente de la República, es el Presidente el que se desplaza hasta Maillane. Todo esto se hace sin orgullo, con la fuerza y la sencillez del que jamás ha dudado de su vocación.

(*) Extractamos este artículo del más amplio publicado en *Permanences*, núm. 254, de agosto-septiembre de 1988.

Mistral no fue sólo el poeta que escribió versos. Fue un hombre de acción. No es un soñador solitario. Alrededor suyo hay equipos, un movimiento, amistades, una «Pléiade», los «Félibres». Es animador de un periódico. Preside conferencias y asambleas. Suscita un renacer. Funda un museo. Escribe y publica una enciclopedia, «Le Trésor du Félibrige». Desde la revolución y el siglo XVIII, él es el primer ejemplo vívido de una acción estrictamente cultural dedicada a la defensa y al renacer de una patria.

Es, al mismo tiempo, el predecesor y el adversario de Gramsci. Es, sobre todo, en la misma época, la perfecta antítesis de Karl Marx.

La antítesis de Karl Marx.

¿Ha sido este hecho suficientemente observado y sacado a la luz? Con menos de veinte años de diferencia, son contemporáneos. Karl Marx (1818-1883), Frédéric Mistral (1830-1914). Tienen una voluntad de acción y de transformación del mundo. Tienen su manifiesto. En 1848, Marx publica el «Manifiesto del Partido Comunista». En 1859, Mistral publica «Mirciò», que es su manifiesto. Aquí está ya la antítesis.

Marx es un doctrinario con espíritu sistemático. Mistral es un poeta. La palabra amor está ausente en toda la obra de Marx. El amor está en el corazón de la obra de Mistral. Marx es un mundo de luchas, de sombras y de revoluciones. Mistral es un universo de concordia, de sol y de orden. La vida de Marx es la de un errante, de Berlín a París, de París a Bruselas, de Bruselas a Londres. La vida de Mistral se desarrolla pacíficamente, de Maillane a Maillane. Marx es una rata de biblioteca. Mistral se alimenta de sol, de viento y de flores. Marx ve en la historia «desde los orígenes a nuestros días la historia de la lucha de clases». Mistral canta la mano soberana del Creador. Los escasos poemas de Marx son enfebrecidamente satánicos. Mistral se ríe del Diablo que, a pesar suyo, aporta su piedra a la obra de Dios. Marx es revolucionario, Mistral es apostólico. Marx quiere demostrar el carácter irreversible del carácter histórico — ¡el sen-

tido de la historia!—. Mistral trabaja en un renacer. Marx destruye, Mistral construye. Marx era muy feo. Mistral era muy guapo.

En el instante en el que vivimos, Marx es el que triunfa. Su visión del mundo, truncada, materialista, generadora de odios, ha encontrado élites y masas para encerrarse en el más monstruoso de los imperios totalitarios que jamás ha conocido la humanidad.

Y, en Maillane, la casa de Mistral amenaza ruina.

Sin embargo, la belleza, la vida, el amor y, por lo tanto, el porvenir, si es posible, están del lado de Mistral.

Basta con verlo para saberlo, para creer en él, y para actuar.

Me gustaría que los pudierais saborear.

Volveremos a ello con frecuencia.

Poco alimento hay tan nutritivo.

La vida armoniosa de Mistral.

Frédéric Mistral era un hombre hermoso y cautivador. «Ese bello joven», como le llamará Lamartine, se hace notar por su compostura suave y modesta. Alto, de una gran prestancia física, con ojos gris verdoso, «su amplia cabellera recuerda el follaje del olivo», tiene el don de palabra y entusiasmo a las gentes que se le aproximan o le escuchan. El se servirá mucho de esa facilidad y del efecto de su palabra sobre los oyentes para propagar sus ideas.

Este atractivo joven nace en Maillane, en tierra provenzal, en la masía del juez, en una familia de campesinos acaudalados. El joven Frédéric recibe la educación de un hijo de familia, primero un poco caprichosa en la abadía de Saint Michel de Frigolet, de la que conservará un encantador recuerdo; luego en Aviñón y, finalmente, en Aix, donde obtiene su licenciatura en Derecho para ejercer de abogado, pero no se colegiará. Volverá a la masía a los veintiún años para consagrarse a la poesía.

Entonces su padre le dirá: «Ahora, mi querido muchacho, yo ya he cumplido con mi deber. Tú sabes mucho más de lo que

me han enseñado... A ti te toca elegir la vida que te conviene: te dejo libre».

«Muchísimas gracias, respondí».

«Y allí mismo —en ese momento tenía veintiún años— con el pie en el umbral de la masía paterna, la mirada hacia Alpilles, dentro de mí y por mí mismo, tomé la resolución: primero, de levantar, de reavivar en Provenza el sentimiento de raza que yo veía aniquilar bajo la educación falsa y antinatural de todas las escuelas; segundo, de provocar esta resurrección por la restauración de la lengua natural e histórica del país, a la cual todas las escuelas hacen guerra a muerte; tercero, devolver el timón al provenzal por el influjo y la llama de la divina poesía».

Este será exactamente el programa de su vida y de su obra poética.

El poeta y la acción cívica.

La obra de Mistral no se separa de la acción (como la de Marx, por otra parte): él mismo quiso que sus poemas fuesen actas de defensa de Provenza.

Su obra no había podido ser reivindicadora, como tantas otras: su federalismo, por ejemplo, no se hundirá jamás en el separatismo de los «occitanos» de hoy. Prefirió ser un guía, un maestro. Da a su pueblo una enseñanza: le predica la unión.

En 1854, en Font-Ségune, en ese castillo provenzal tan acogedor para sus huéspedes, funda el Félibrige, con otros seis poetas jóvenes reunidos en un banquete. Se sorprende uno de la avalancha de banquetes y fiestas en las que participan los «félibres». La antigüedad también estaba llena de festines en los que se expansionaban los tribunos. El Midi y la Provenza viven al sol, a la luz, al borde del agua. Hemos recogido la herencia de las civilizaciones griega, romana y judía y, en particular, el gusto del foro, del circo y de la fiesta.

Se podría uno acercarse al fondo, al núcleo central (se estaría tentado de decir «célula» central) de su actuación de la forma en que han nacido la mayoría de las agrupaciones modernas (ma-

sonería, alta venta, ...). Todo ello no son sino conjuraciones de hombres que tienen la voluntad de transformar el mundo según su idea. La forma de Mistral es completamente diferente, y análoga a la que hizo, para las lenguas de Oil, la «Pléiade» de Ronsard y de Du Bellay.

De la amistad de siete jóvenes, entusiastas, de orígenes muy distintos, va a nacer una fuerza de resurgimiento provenzal y nacional.

Cuando hablamos de acción sociabilista, es de esta forma, propia al hombre, de disfrutar en compañía de sus semejantes a la cual nos referimos.

He ahí cómo Mistral describe el nacimiento de las primeras reuniones del «Félibrige»:

«Pues el lugar bienaventurado, el lugar predestinado, ese era Font-Ségune, quinta de recreo cerca del pueblo de Gadagne, donde nos convidaba la familia Giéra: allí estaba la madre, amable y digna dama; el primogénito, llamado Paul, notario de Aviñón, apasionado de la poesía; el menor, Jules, que soñaba con la renovación del mundo por la obra de los Penitentes Blancos; finalmente, dos señoritas amables y encantadoras: Clarisse y Joséphine, dulzura y alegría de ese nido».

Las dos muchachas juegan un papel predominante en el «Félibrige». Uno de los «félibres», Aubanel, estaba obsesionado por la belleza femenina y debe una gran parte de su inspiración poética a una de las muchachas, de la que se encontraba locamente enamorado, y que participaba en los citados almuerzos. La presencia de aquellas muchachas hacía de aquellas reuniones una especie de cortes de amor.

«(...) se escribió bajo el cielo de un domingo florido, el 21 de mayo de 1854, en plena primavera de la vida y del año, que siete poetas se encontraban en el castillo de Font-Ségune (...).».

En la mesa se volvió a hablar, como de costumbre, de lo que se precisaría para sacar a nuestro idioma del abandono en que se hallaba después de que, traicionando el honor de Proven-

za, las clases dirigentes lo habían reducido al uso doméstico. Y, entonces, considerando que de los dos últimos congresos, el de Arlés y el de Aix, nada había surgido que hiciese prever un acuerdo para rehabilitar la lengua provenzal, sino que, por el contrario, las reformas propuestas por los jóvenes de la escuela aviñonesa se habían visto en muchos hogares mal acogidas y queridas, los siete de Font-Ségurie resolvieron, unánimes, hacer grupo aparte y desarrollar el objeto tal como deseaban.

Mistral toma entonces la palabra para recordar una vieja canción popular que finaliza así: «... pues estabais en el templo (el niño Jesús) donde disputabais con los escribas de la ley, con las siete "félibres" de la ley».

Los siete «félibres» de la ley somos nosotros, gritaron los comensales, de acuerdo con los «félibres». Se había encontrado el nombre de su amistad.

Es dentro de esta simplicidad, de esta belleza y este fervor, donde va a desarrollarse la obra del gran poeta.

Su acción se extendió más allá de Occitania, incluso aunque él rehusaba «subir a París». Poco antes de su muerte, el Presidente Lebrun, viniendo de Italia, exigiría hacer el rodeo por Maillane para hacerle una visita de honor.

Mistral va primero a escribir sus poemas, sus memorias, sus relatos. Va, luego, a fundar el Almanaque Provenzal, como también el Museo de Arlés (Museon Arlaten). Consagra una gran parte de su tiempo a la elaboración del «Tesoro "félibrige"», verdadera enciclopedia de los habitantes del Oc, que por sí sola sería bastante para llenar toda una vida. Duplica su obra de poeta en otra de publicista, escribiendo numerosos prefacios. Para dar ilustración a su lengua de otro modo, traducirá la Biblia.

Tampoco deja de participar en actividades locales como consejero municipal, negándose a participar en las elecciones legislativas para representar a la derecha monárquica. Soñó con instaurar un régimen federalista para Francia, animado por los catalanes, que a la vez que en un renacimiento literario pensaban en un renacimiento político. Pero, decepcionado por los políticos que encuentra, sin renegar por otro lado de sus sentimientos fe-

deralistas, el poeta se consagra por entero a su deseo de restaurar la lengua provenzal y la civilización latina.

El poeta y su obra.

No hablaré sino de «Mireio», pues esta es la obra maestra que le dio a conocer a los veintinueve años (1859). Y es necesario meditar sobre la oposición absoluta de ese «manifiesto» con el de Karl Marx.

Dejo a André Chamson el cuidado de haceros degustar el encanto: «Mireille no es un libro. Es una persona. Os toma la mano y os hace descubrir a Mistral, como un adolescente al que se encuentra en mitad de los campos puede llevaros a la casa de su padre y presentaros a él... Para muchos hombres, jóvenes o viejos, el hallazgo de Mireille es como ser alcanzado por el rayo.

... el muchacho de dieciséis años que yo era entonces quedó aquel día enamorado de esa muchacha. Ella tenía quince años, y yo me acerco a los sesenta. Ella tiene quince años y los siglos no pueden nada contra esta juventud inmortal».

La posteridad de Mistral fue muy vasta y numerosas familias del espíritu han hecho apelación de él; Acción Francesa y Maurras jamás ocultaron la profunda influencia que había ejercido sobre su movimiento. Por ello se ha tomado frecuentemente a Mistral por un actor reaccionario.

De joven había flirteado con la Revolución del 48. El testimonio de André Chamson es aquí capital; ser socialista y protestante no le impide admirar al poeta católico que fue Mistral. De hecho, Mistral es inclasificable, por su poesía que llama a los sentimientos y a las emociones más universalmente sentidos.

Mistral ha escrito toda su obra en lengua provenzal, lo que no le impidió recibir, en 1904, el Premio Nobel de la Poesía.

La tradujo al francés, de modo que la traducción no dejara mal a la lengua provenzal. Quedaba así franqueado el supuesto obstáculo para la comprensión de su obra que sería la lengua provenzal.

Cuando yo seguía en la Sorbona cursos de provenzal, el an-

fiteatro estaba compuesto por una mayoría de estudiantes extranjeros, alemanes y americanos entre otros. Incluso he conocido un americano que era capaz de dar todos los matices de acento en la lengua de Oc de Burdeos a Sisteron y, según parece, variarían cada quince kilómetros. ¡Son hoy los japoneses los más entusiastas visitantes de la casa de Maillane!

Es necesario volver a André Chamson: «Esta capacidad de pensar y de oír dos lenguas, esta posibilidad de comprender el mundo a través de dos lenguas diferentes, ha jalonado todos los grandes momentos de la historia cultural de Occidente. Los poetas latinos podían comprender a los poetas griegos. Dante conocía el provenzal... En la Edad Media todo hombre cultivado sabía el latín y su lengua nacional.

El provenzal es una lengua materna de Francia.

Ciertamente, varios siglos de gloria han habituado a los franceses a considerar que no puede haber sino una lengua en el interior de cada patria. Pero ese monolitismo no era el hecho de la antigua Francia. Se daban la lengua de Oc, tanto como la de Oil, y durante mucho tiempo, para los más sabios de sus hijos, existía la lengua latina. Nuestra antigua patria consideró por mucho tiempo que todas esas lenguas eran «lenguas maternas de Francia» y que todo lo que creaban se incluía en su herencia.

Adolphe Dumas, provenzal de origen, que hablaba con amor de Provenza, escribía en francés. El fue a quien primero Mistral enseñó Mireille. Dumas empezó por decirle: «El provenzal se terminó. Hay que escribir en francés».

«Pero adelante, dígame, puesto que hay poesía, dígame algo de su poema provenzal. Y entonces leí una parte de Mireille, no recuerdo cuál.

»Ah! si usted se expresa así, dijo Dumas tras la lectura, me quito el sombrero y saludo la fuente de una nueva poesía autóctona de la que nadie sospechaba. Eso me enseña a mí, que salí de Provenza hace treinta años y que creía muerta su lengua, eso me enseña, me prueba, que bajo ese dialecto de presuntuosos, los semiburgueses y semidamas, existe una segunda lengua, la de Dante y Petrarca. Pero siga bien su método, que no ha con-

sistido, como algunos creen en emplearlas sin más, ni en fundir en una ensalada los dialectos de Florencia, Bolonia y Milán. Ellos tomaron el óleo e hicieron la lengua que volvieron perfecto generalizándola. Del hablar popular no tome sino la paja con el grano que pueda encontrar. Estoy convencido de que con la savia de su ardor juvenil usted está hecho para triunfar. Y ya veo brotar el renacer de una lengua proveniente del latín, hermosa y sonora como el mejor italiano».

Adolphe Dumas, profundamente conmovido, no dudó en escribir a la «Gazette de France» en 1856 la siguiente carta:

«La Gazette du Midi ha hecho saber a la Gazette de France la llegada a París del joven Mistral, el gran poeta de Provenza. ¿Qué es Mistral? No se sabe. Se me pregunta y temo responder con palabras que no sean creídas, tan inesperadas son, en este momento de poesía de imitación que hace creer en la muerte de la poesía y de los poetas.

»La Academia francesa vendrá dentro de diez años a consagrar una gloria más, cuando todo el mundo lo haya hecho. El reloj del Instituto tiene frecuentemente retrasos de una hora con los siglos; pero deseo ser el primero que haya descubierto a quién se podrá hoy denominar el Virgilio de Provenza...

»Se ha preguntado frecuentemente por nuestro bello país del sur, dos veces romano, romano latino y romano católico, por el poema de su lengua eterna, de sus creencias santas y de sus costumbres puras. Yo tengo el poema en las manos. Tiene doce cantos. Lo firma Frédéric Mistral, del pueblo de Maillane».

Por recomendación de Adolphe Dumas, Lamartine recibió a Mistral creyendo tener delante a un joven coplero. Es un Lamartine envejecido, tras 1848 republicano cristiano pero amargado, arruinado y descabalgado del mundo político. Fue él, sin embargo, quien hizo célebre a Mistral, en su cuadragésima reunión del «Curso familiar de literatura», en estos términos:

«He leído Mireio... Aún no había aparecido nada de esta savia nacional, fecunda e inimitable del Midi. Hay alguna virtud en el sol. Mi espíritu se ha sentido golpeado de tal manera que he escrito un coloquio sobre ese poema. Dígasele al señor Mis-

tral. Sí, tras los homéridos del archipiélago, no había corrido tal surtidor de poesía primitiva. Yo he exclamado como usted: ¡es Homero!». . .

¡Treinta y cinco siglos separan a Mistral de Homero! Cosa asombrosa, se vuelven a hallar, pese a todas las transformaciones históricas, la misma alegría, el mismo fervor, los mismos sentimientos, el mismo grito del alma humana hacia el amor. Que no se vuelva a decir que no hay permanencias a través de los grandes movimientos de los siglos.

Pero ya es hora de volver a Mireille. Puede decirse que Mistral la ha tenido como el amor de su vida. Dedicó ocho años para escribirlo. La obra apareció en 1859. Se compone de doce cantos.

Mireille.

Mireio es una epopeya de la Provenza del Ródano. Es la gesta de Provenza. Mistral ha querido cantar a su país y hacer revivir los paisajes y costumbres que empezaban a transformarse bajo el impulso del progreso industrial. La trama es simple, una de las más puras historias de amor como Romeo y Julieta. Pero, en Mireille, el drama se provoca por la diferencia social que separa a los protagonistas. Es el amor imposible con el telón de fondo de Provenza. Todo el universo es traído por esta muchacha: el amor, la patria, Provenza, el dolor, la alegría, la brujería, la religión, la fe, la muerte.

Mireio tuvo una repercusión considerable. Ha sido objeto de cuarenta y siete traducciones entre ellas el ruso y el japonés, sin olvidar el braile.

Mistral trabaja exactamente como un escenificador de cine. Exteriores magníficos. Escorzos pasmosos por los que dirige su cámara sobre los personajes.

Mireio originaría un excelente film. La atención se sostiene siempre aunque la trama sea de gran simplicidad.

Una muchacha que habita en una masía, de buena familia terrateniente, es amada por un mendigo y ella le ama. Los pa-

dres no están de acuerdo. Ella se va a contar su dolor a Saintes Maries de la Mer. Atravesando Crau sufre una insolación. Cuando llega a Saintes se desvanece. Las Santas la convierten. Su amor por Vincent se transforma en amor divino. Vincent y sus padres llegan en el momento en que ella muere.

Conclusión.

Un hálito potente y majestuoso da alma a la obra de Mistral. Míreio, por sus imágenes, sus símbolos, y sus historias poéticas comporta varios sentido superpuestos:

- es una novela de amor
- es un poema descriptivo de Provenza
- es un himno a la patria, cuyas fuerzas de arraigo son salvíficas en un mundo que evoluciona hacia la nada
- es, finalmente, un objeto de meditación religiosa y filosófica que hace de Mistral un gran poeta católico. La religión era lo que él llamaba «una de sus sinceridades duraderas».

Así, a partir de una inspiración rigurosamente provenzal, del amor a una tierra, de una vinculación a la lengua popular de la que él hizo el verbo de los hombres y mujeres de esta tierra, Mistral ha creado una poesía de trascendencia universal.

Sin bien sus discípulos han hablado de una doctrina mistraliana, el poeta nunca ha querido condensar en una obra sus ideas filosóficas y políticas.

Pese a ello, la oda a la raza latina que recitó el 25 de mayo de 1878 en la plaza Du Peyroux, en Montpellier, permite entrever el fondo de su mensaje:

«Levántate, raza latina, bajo el manto del sol! La uva oscura hierve en la cuba, y el vino de Dios va a brotar.

Con tu cabellera / a los soplos sagrados del Tabor, eres la raza luminosa / que vive de entusiasmo y de alegría; / eres la raza apostólica / que pone a doblar las campanas / eres la trompa que anuncia / eres la mano que lanza el grano.

¡Levántate, raza latina!

Tu lengua madre, ese gran río / que se despliega por siete ramas / lanzando el amor y la luz / como un eco del

Paraiso / tu lengua de oro, hija romana / de Pueblo Rey /
es la canción que repetirán los labios humanos / mientras
el Verbo tenga razón.

¡Levántate, raza latina!

Tu ilustre sangre, de todas partes / ha brillado para la
justicia / a lo largo de tus navegantes / idos a descubrir un
mundo, / al pulso de tu pensamiento / cien veces has de-
rribado a tus reyes...

Ah! sin tus divisiones, / ¿quién podría dictarte leyes?

¡Levántate, raza latina!

A la luz de tu antorcha / al fulgor de las estrellas / has
encarnado, en el mármol y el lienzo, / la suprema belle-
za. / Eres la patria del arte divino, / y toda gracia viene de
ti; / eres la fuente del júbilo, / eres la juventud eterna.

¡Levántate, raza latina!

De las formas puras de tus mujeres / se han llenado
los panteones; / a tus triunfos, como a tus lágrimas, /
todos los corazones han palpitado; / la tierra florece cuan-
do tú lo haces; / de tus locuras todos enloquecen; / y en
el eclipse de tu gloria / el mundo está en duelo.

¡Levántate, raza latina!

Tu límpido mar, la mar serena / donde blanquean tan-
tos velámenes / encrespa a tus pies su blanca arena, /
reflejando el azul del cielo, / Dios derramó de su esplendor /
como el cinturón brillante / que debe enlazar tus
pueblos morenos.

¡Levántate, raza latina!

En tus soleadas costas / crece el olivo, el árbol de la
paz, / y de la copiosa viña / se enorgullecen los campos: /
raza latina, en recuerdo / de tu pasado siempre brillante /
elévate hacia la esperanza / y confraterniza bajo la Cruz.

Levántate, raza latina / bajo el mando del sol! / La uva
oscura hierve en la cuba, y el vino de Dios va a brotar!».

He ahí nuestro manifiesto. El vino de Dios va a brotar.
¡Estemos presentes!